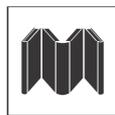


TÀNIA JUSTE

AMOR AL ARTE



MAEVA

*A mi padre.
Juntos hemos celebrado la vida a cada instante.
Por amor al arte, que tú me hiciste descubrir.
Por amor a ti.*

*Y a todas las mujeres libres,
independientes y valientes
que han escogido y defendido una vida propia.*

Retrato de artista

1925

EL SOL SE filtra a través de los visillos y sobre el blanco juegan de forma caprichosa unas sombras chinescas. Son las hojas de las copas de los árboles del Quai d'Orléans, que llegan a media altura de la ventana de Valeria. El nuevo estudio a orillas del Sena la tiene encandilada, pues no hay lugar desde el que pueda pintar mejor. Las cortinas vuelan ligeras con la brisa de la mañana y los rayos de sol se cuelan entre las rendijas y lo lamen todo; el suelo, un trozo de pared blanca, la mesa de los pinceles y el ángulo del lienzo que reposa sobre el caballete. La pintura todavía está fresca, acaba de dar las últimas pinceladas y ahora se ha apartado un poco para contemplarlo con perspectiva.

La estancia envuelve la obra que Valeria intuye como la mejor que jamás ha pintado. Un cosquilleo la recorre por dentro y piensa que aquello es lo más cerca que una puede estar de la felicidad. Es su obra más personal, el autorretrato en el que se ha dejado parte del alma, y se le ocurre que ahora es, en cierto modo, inmortal. La pintora contempla el lienzo y la imagen que ve se le aparece más precisa que la de un espejo. Es ella en el desnudo más auténtico y sincero que jamás ha realizado. Es ella, con la media melena negra recién cortada a lo *garçon*.

Esa Valeria que ya vive en la tela la observa con la mirada gatuna que todos le otorgan. Estudia su cuerpo tendido sobre el terciopelo rojo cereza del diván, la piel blanca que contrasta con los vivos colores de las telas del fondo del cuadro, en las que ha

pintado infinidad de ojos. Su ojo de artista se pasea como un dedo por el contorno del cuerpo, sigue la curva acentuada que, como una montaña, forma la cadera y marca el descenso hacia la cintura; de nuevo se desliza hacia arriba hasta alcanzar el perfil de su pecho derecho y luego el brazo, que se alza como el pico más alto de una sierra. Los pezones, que ha pintado en un tono rosa carne muy acertado, marcan la perpendicular del eje central que baja del esternón hasta el ombligo, que continúa en una curva hasta la mata espesa de pelo negro bajo la que se esconde el sexo. Una pierna estirada y la otra que se encoge con el fin de romper esa ola que parece su desnudo. Es como una de esas odaliscas que han pintado los grandes maestros, pero ella no tiene nada de esclava.

Es la modelo. Es la artista.

Es la mujer que siempre ha querido ser.

1

BORIS BADIA SE había levantado de un humor excelente. El día influía, por supuesto, pues los rayos de sol de primeros de mayo inundaban Barcelona y anunciaban la llegada del buen tiempo. Y de nuevo la vida en la calle, los paseos de mediodía y algún que otro atardecer que podría pasar en el café con los amigos después de haber cerrado el anticuario en la calle de la Palla. Sin prisa, a medida que los días se alargaban, empezarían otra vez las partidas de dominó en la terraza del bar. Cuatro sillas sobre el empedrado y las fichas que peligraban con el risueño ir y venir de los chiquillos de la plaza del Pi. En casa, el abrigo había quedado enterrado en el armario hasta el próximo invierno y la manta, guardada en el baúl, a los pies de la cama. Por fin volverían las cenas en el comedor de casa con las puertas abiertas de par en par. Olivia y él disfrutarían de nuevo de los sonidos de la calle y aspirarían el aire templado de esa primera porción de primavera de 1974.

Boris pensó que quizá terminarían el día con una pequeña cena de celebración, abuelo y nieta, como en las buenas ocasiones, porque intuía que les había caído un buen negocio entre manos. Pese a ser un hombre prudente que procuraba no hacerse demasiadas expectativas, su olfato le decía que en el piso que iba a visitar aquella misma mañana en la plaça Reial, uno de esos pisos nobles recién traspasado, propiedad de un rico industrial y coleccionista de arte que había fallecido, y de cuyo contenido

querían deshacerse los herederos, encontraría piezas interesantes y muy prometedoras.

Dos días antes había recibido la llamada en el anticuario. Él estaba en una subasta de los Encantes y había sido Teresa la que había apuntado el encargo. En cuanto Boris regresó a la tienda, la buena mujer se le acercó con el papelito en la mano.

—Señor Hailer. En el número 5 de la plaça Reial —le leyó en voz alta. A continuación había anotado el teléfono de contacto.

Teresa había levantado la vista del trozo de papel y lo había mirado con esa expresión que decía: «Parece importante». No se vaciaba un piso como aquel todos los días, ambos sabían el tipo de familia que solía vivir en ellos, así como las piezas que podían contener. A Boris no le era desconocido el apellido de aquel señor. Había oído hablar de él a los colegas de profesión: conocía la fábrica de tejidos Hailer, una empresa importante catalano-austríaca, y sabía que el difunto señor Hailer era un gran coleccionista de arte que a veces cedía obras de su propiedad a determinadas exposiciones. Boris no quería hacerse más ilusiones de la cuenta, lo más probable era que los herederos quisieran conservar los mejores cuadros, los muebles, los objetos y las joyas de mayor valor, pero estaba seguro de que habría oportunidades interesantes.

Mientras Teresa le reproducía aquel día la conversación que había mantenido por teléfono con el hijo del difunto —«un señor que vive en una torre en Sarrià, una de esas tan bonitas»— y este le transmitía que no tenía intención alguna de trasladarse al piso de su padre, y que por esa razón la familia deseaba dejar el piso vacío lo antes posible, por la imaginación de Boris habían comenzado a desfilar piezas que podría encontrar allí. Quién sabe si algún mueble del siglo XVIII, o incluso del XVII, tan en alza en estos momentos —meditaba—, además de plata antigua y cerámica catalana... Quizá porcelana de Sèvres. También había imaginado alguna talla y obras que la familia no quisiera llevarse, por no hablar de una buena biblioteca, tal vez única, si tenía en

cuenta el perfil del propietario. Vislumbraba primeras ediciones, libros difíciles de encontrar... Pero basta, Boris, no te embales, se había regañado a sí mismo mientras Teresa todavía se explicaba.

Dos días después había llegado el momento de visitar el piso y realizar una valoración rápida. Acto seguido, le haría una oferta, la mejor, antes de que otro anticuario se le adelantara. Era esa mezcla de nervios e ilusión que sentía a cada nueva ocasión lo que empujaba a Boris a no abandonar nunca el oficio. «No puedo jubilarme —les decía a sus amigos y colegas anticuarios—, no soportaría vivir sin ese gusanillo.»

—¡Olivia, son las siete!

Llamó con los nudillos a la puerta del dormitorio de su nieta y se dirigió a la cocina para preparar el desayuno. Cuando el café humeaba y la casa empezaba a impregnarse del olor de las tostadas recién hechas, apareció la chica, con el pelo revuelto y la bata atada a una cintura tan delgada que apenas quedaba cuerpo.

—Buenos días, abuelo —su dulce sonrisa apuntaba desde el flequillo largo, que le ocultaba medio rostro.

Estampó un beso en el pelo blanco y abundante del abuelo, que empezaba a escasear en la coronilla, y se sirvió dos tostadas calientes en un plato. Se sentó con él a la mesa y se untó de mantequilla y un poco de mermelada de naranja la primera rebanada. Con un simple gesto apartó el flequillo, y con los ojos aún entrecerrados le preguntó a su abuelo los detalles del vaciado del día.

Olivia llevaba casi cinco años ayudando a Boris en el anticuario, los mismos que hacía que había dejado atrás el pueblo, a sus padres y hermanos mayores, para trasladarse a Barcelona y cursar la carrera de Filosofía y Letras en la especialidad de Historia del Arte. ¿Quién hubiera imaginado entonces lo bien que se entendería con el abuelo? Había llegado a su piso un poco

asustada, solo hacía un mes que había fallecido la abuela y Olivia nunca había convivido con él. «Las cosas han ido así», le dijo su madre resignada. Se la veía triste por la reciente pérdida de su madre, y ahora su hija se alejaba de ella para irse vivir a la ciudad. Al mismo tiempo, se alegraba de que su padre no estuviera solo. «Viviréis juntos el duelo», le dijo a Olivia el mismo día en que la acompañó a Barcelona.

Y así fue. En realidad, aquello los unió. Abuelo y nieta se encargaron de vaciar los cajones de la abuela, sacaron la ropa de los armarios e hicieron todo aquello que acostumbraban a hacer ahora en los pisos de los que fallecían. Lo mismo que iba a suceder ese día en la plaça Reial, si Boris lograba cerrar un buen trato.

A LAS NUEVE y media se presentaron en el piso del difunto señor Hailer. Tras intercambiar unas palabras con el portero, tuvieron que subir un tramo de escaleras y pasar de largo el entresuelo hasta llegar al primer piso. Un hombre de mediana edad, ni gordo ni delgado, con un bigote prominente y algunas canas incipientes en las sienes los estaba esperando en el rellano, con la puerta de la casa abierta. Le estrechó la mano a Boris después de presentarse como el señor Hailer. A continuación, accedieron a un estrecho recibidor que solo recibía la luz de la ventana que daba al patio interior y, pese a que el día era claro, el espacio no salió de la penumbra hasta que el hombre encendió la lámpara de un largo pasillo que había a continuación. Lo siguieron mientras lo escuchaban hablar del piso. El hombre incidía en el deseo de la familia de alquilarlo lo antes posible.

—Así pues, se deberá quedar vacío en pocos días —concluyó al llegar al fondo de la galería.

Ante ellos se abrió un salón de grandes dimensiones inundado por la luz que entraba a raudales a través de los cuatro ventanales que daban a la plaça Reial.

—Aquí está el salón comedor —les indicó Hailer sin que hubiera necesidad.

Lo primero en lo que se fijaron abuelo y nieta fue en la gran mesa ovalada de caoba en la que habían ido acumulando toda suerte de objetos del difunto, algunos de valor relativo, otros de esos que nadie quiere. Se distinguían algunas carpetas junto a figuras de porcelana, varias lámparas y también litografías; láminas de todo tipo, algunas con marco y otras al natural. También había un reloj de pared que alguien había descolgado, y que hizo que Olivia se fijara en las paredes. Pudo ver las numerosas sombras de los cuadros que un día se habían mostrado allí.

—Aquí hemos dejado parte de lo que no queremos conservar —el actual propietario señaló la gran mesa ovalada—. Además de los muebles que siguen en el piso. Todavía quedan cosas en los armarios y algunos cuadros, oleos y acuarelas acumuladas en la habitación de servicio. Verán que uno de los cuartos está cerrado con llave, allí es donde tenemos las cosas de la familia que están pendientes de recoger. Pero adelante, hagan su trabajo, no duden en mirarlo todo.

Olivia sacó la cámara fotográfica y, tras pedir permiso, empezó a tomar instantáneas de todas las piezas. Se pusieron a trabajar.

El piso era una auténtica maravilla, una mezcla de lo antiguo y lo moderno decorado con mucho gusto, y que daba una buena pista acerca de su antiguo propietario. Por supuesto, faltaban los cuadros, que ofrecen esa primera impresión del buen o mal gusto del que vive allí, pero aún quedaban muchos muebles, como unas magníficas sillas Tonet o el par de butacas Hoffmann que Boris había distinguido como un ave rapaz, aunque se había guardado de mostrar algún tipo de emoción. Muebles de fina marquetería, una bonita y valiosa pareja de jarrones de porcelana de Sèvres y una cómoda catalana de Torroella que, con toda seguridad, databa del siglo XVIII. La cámara de Olivia fue captándolo todo en varias fotografías a cada discreta señal de su abuelo Boris.

Una voz los interrumpió a media faena.

—Perdonen... Papá, ¿puedes venir un segundo?

Un chico de pelo rubio, de barba corta y cierto aire extranjero, más o menos de la misma edad que Olivia, los miraba con una mezcla de timidez y recelo desde el dintel de la puerta mientras le hacía gestos a su padre para que se acercase.

—Es mi hijo menor, Marc. Disculpen un momento. Ustedes sigan con lo suyo —los instó. Entonces se encerró con el joven en la estancia contigua.

Boris siguió con su inventario mental, Olivia con sus fotografías, y, de vez en cuando, se señalaban nuevos descubrimientos al alcance de la vista. Se oyó un murmullo de voces, padre e hijo discutían a puerta cerrada, pero pronto volvió a salir el señor. Se unió de nuevo a ellos como si nada hubiera pasado.

—¿Y bien? ¿Proseguimos con el resto del piso, señor Badia?

Los invitó a entrar al despacho del difunto, en el que el muchacho se había quedado plantado con clara expresión de disgusto. No les dijo nada. Entonces Boris descubrió la valiosa mesa que presidía la estancia.

—Una pata de lira, Olivia —le susurró a su nieta.

—Siglo xvii —le respondió ella a media voz.

El abuelo le sonrió satisfecho como a una alumna bien instruida. Se fijó en el cuadro que colgaba justo delante de la mesa, y que reproducía una escena marinera de Cadaqués. Bonita, de formato mediano, aunque no debía de tener gran valor. A continuación, el anticuario se dedicó a revisar los volúmenes de la magnífica biblioteca, que en absoluto lo defraudó. Justo lo que me esperaba, pensó. El señor Hailer revisaba los títulos junto a él, no fuera que se le hubiera escapado conservar algún tomo interesante.

Mientras él hablaba y Boris escuchaba, formulando preguntas de tanto en tanto, Olivia observaba con disimulo al hijo del señor Hailer. Desde un rincón, fijaba los ojos en el suelo sin

poder ocultar cierto aire de desconsuelo. Parecía muy afectado. ¿Por la muerte de su abuelo? —se preguntaba la joven—, ¿por todas las cosas de las que su padre se desprendía con un espíritu práctico y resolutivo? Olivia no habría sabido decirlo, pero era evidente que la situación lo incomodaba sobremanera, y quizá por eso le lanzó una sonrisa, entre solidaria y alentadora, en cuanto sus miradas se toparon. Sin embargo, él no se la devolvió, sino que se frotó la barbilla en un gesto impaciente.

Recorrieron el resto de las habitaciones; el actual propietario a la cabeza, seguido de cerca por un Boris que no perdía detalle. Su mente trabajaba a toda prisa mientras elaboraba un inventario de todo lo que había visto y hacía los cálculos. Abrieron puertas de armarios, cajones, arcones de la abuela a los pies de cada cama; entraron en la habitación del servicio donde la familia había dejado la mayor parte de los cuadros que no querían llevarse, y Boris fue elaborando su oferta final.

Al terminar, los dos hombres se habían encaminado de nuevo al salón, y allí el anticuario había comenzado a tantear el terreno: si el señor había recibido ya alguna otra oferta, si otros colegas suyos habían visitado el piso, si tenía una cantidad en mente de lo que quería sacar por el lote completo...

—No, ponga una cifra, usted es el profesional —se limitó a responder Hailer.

Y mientras el uno y el otro jugaban al tira y afloja propio de tales ocasiones, mientras Boris se demoraba en decir la suma total que ya tenía en mente, Olivia y el hijo del propietario se quedaron a un lado.

—Siento mucho lo de tu abuelo —le dijo ella.

Él asintió en silencio y a Olivia le pareció que la expresión se le suavizaba un poco. Tras aquella barba rubia de pelo corto y pulcramente recortada se escondía un rostro muy joven.

—Me llamo Marc. ¿Y tú?

—Olivia.

El chico había apoyado la espalda en la pared y, con los hombros caídos, encogía todo el cuerpo hacia delante, como si con ello pudiera protegerse de la situación.

—Es que todo esto me viene grande —admitió. Chasqueó la lengua y se apartó un mechón rubio que le caía sobre la frente. Enseguida volvió a su postura inicial—. Solo hace unos días que mi abuelo... En fin, esto ha sido como una carrera: toda la familia ha ido cogiendo cosas. De repente, cada objeto suyo tiene un precio. Supongo que debes de estar acostumbrada a estas situaciones, pero para mí todo esto es nuevo.

—Tranquilo, es normal.

—Para mí no lo es. Se ha muerto mi abuelo. Me dan igual los malditos muebles caros, las piezas y el valor de todo ello... —Se contuvo unos segundos—. Discúlpame.

—No pasa nada. Te entiendo —le contestó Olivia en tono conciliador.

—Yo querría más tiempo para poder revisar los objetos más personales de mi abuelo, estoy seguro de que hay cosas de gran valor, y no hablo de dinero, sino de recuerdos. Pero mi padre... —Apuntó hacia él con el mentón y Olivia pudo percibir su resentimiento—. Mi padre ha querido acabar con todo bien rápido, como hace siempre.

Se volvió hacia ella y la miró de frente. Por primera vez, Olivia se fijó en cómo los ojos de un azul aguado, el mismo azul que una bonita acuarela, se abrían para hacerse entender.

—Es que somos una familia muy práctica. —El tono que empleaba desprendía sarcasmo—. Siempre vamos al grano, dejando a un lado los sentimientos.

En aquel instante, parecía que los dos hombres habían llegado a un acuerdo y que lo habían sellado con un apretón de manos. Acordaron que al cabo de dos días el anticuario se personaría en el piso para hacerle entrega de la cantidad de dinero establecida y que a cambio el señor de la casa le daría las llaves

de la vivienda para que pudieran vaciarla. Trato hecho, todo el mundo parecía satisfecho excepto Marc, que volvió a su expresión retraída.

Justo en el momento de despedirse, Olivia se saltó una de las normas más importantes del abuelo.

—Si encontramos cartas, fotografías, cualquier objeto personal que considere que te gustaría poder conservar —habló de prisa y casi en un murmullo—, te lo dejaré en un rincón del piso, ¿te parece?

Marc abrió los ojos y las cejas rubias le formaron un arco.

—¿Tienes un papel? —le preguntó.

Ella hurgó en el bolso y extrajo un recibo de compra.

—¿Te sirve? Puedes escribir detrás.

Sirvió. Marc Hailer le apuntó en él su número de teléfono.

—Preferiría que me llamas cuando lo hayas hecho —le rogó—. Así me aseguro de venir antes de que mi padre...

«Antes de que tu padre se deshaga de ello», terminó Olivia en su cabeza.

Se dieron la mano. Aquella vez el chico se mostró más cercano, casi como si fueran amigos. Se despidieron.

2

—No ME ESPERES a cenar. Hoy he quedado con Quico.

—¿Ha vuelto ya de Portugal? —preguntó Boris en un tono neutro.

Olivia asintió y fingió que leía un catálogo de subastas que acababan de traer al anticuario. Teresa escuchaba, pero no intervenía.

—¿Así pues? —dijo Olivia tras un incómodo silencio.

—¿Qué quieres decir? —el abuelo la miró por encima de las gafas.

Ella había dejado el catálogo y se había acercado a la mesa en la que Boris tomaba notas. Se inclinó hacia él, que apoyó las manos sobre ella.

—Me refiero a si ya tienes pensada la hora a la que quieres que vayamos mañana al piso de la plaça Reial.

—Quiero ir temprano, después de comer. Tenemos que clasificarlo todo —levantó la mirada hacia su nieta—. No volverás muy tarde hoy, ¿verdad? Piensa que por la mañana tienes clase en la facultad.

—Abuelo, hace un montón de días que no veo a Quico. Y ya soy mayorcita... ¿Te das cuenta de que en un par de meses seré una mujer licenciada? —Olivia esbozó una sonrisa radiante, aunque Boris no sabría decir si a raíz de la feliz perspectiva de terminar los estudios o bien por volver a ver a Quico.

—De acuerdo —claudicó. Echó un vistazo a Teresa y se encogió de hombros.

A las siete y media, Olivia empezó a mirar el reloj con insistencia. Boris se preguntó si Quico vendría a recogerla o bien habían quedado en otro sitio. Se preparó para hacerle el papequito al novio de su nieta a pesar de las pocas ganas que tenía. «Cuanto mayor te haces, más te cuesta disimular», se dijo para sus adentros.

Lo cierto era que nunca le había gustado ese chico, ni siquiera en los primeros días en que él venía a su casa y se esforzaba en ser amable y en poner cara de embelesado. ¿Lo estaba? Boris pensaba que Quico solo podía estar enamorado de sí mismo. No se fiaba de la gente que solo sabía hablar de lo que hacía, de lo que le gustaba, de lo que detestaba, de aquello en lo que estaba de acuerdo y en lo que no... Esa clase de personas que cuando te preguntaban por ti lo hacían más por cortesía que por verdadero interés, un interés que enseguida se desvanecía, y entonces la conversación volvía a derivar en ellos mismos. Así veía al novio de Olivia desde el primer día, y no, no le gustaba en absoluto para ella, porque pensaba que se merecía a alguien mejor. Aun así, se guardaba mucho de opinar. «Solo falta que me opongá para que ella lo quiera más», solía refunfuñar delante de Teresa. Pensó que, con eso de ser fotorreportero, siempre viajando de un sitio a otro para cubrir las noticias, se acabarían cansando el uno de la otra, pero no. ¿La relación ya duraba desde cuándo? ¿Un año? ¡Qué rápido pasa el tiempo, caramba! Aún me dará un disgusto y se irá a vivir con él, meditó.

Teresa, cuando Olivia estaba en la facultad y podían charlar con libertad, le decía a Boris que no se preocupara, que ese Quico no era para ella y que tarde o temprano se daría cuenta. «Pues a ver si es más pronto que tarde, demonios», le respondía él. Teresa era la mujer más discreta sobre la faz de la Tierra, tan solo

a ella podía confiarle ciertas preocupaciones que jamás soltaría delante de sus amigos del café. «Los problemas de casa, de puertas adentro», esa era su máxima. Pero con ella era distinto, porque era como de la familia. Podían pasarse horas charlando en la tienda, y él vivía tan tranquilo, yendo de un lado a otro de la ciudad mientras ella se ocupaba del anticuario con el mismo cuidado que aquel al que le pertenece. La mejor amiga de su mujer, la mejor amiga de Boris desde que había trabajado allí cinco años atrás, cuando él enviudó.

EL RELOJ DE cuerda del estante tocó las ocho y Olivia se levantó de golpe.

—Me voy. Quico me espera en el bar del Pi. Acuérdate de que no vengo a cenar.

Se despidió de Teresa con un beso al aire y estampó otro en la frente de su abuelo. Salió a la calle dando saltitos y pronto desapareció. Al menos hoy me ahorraré ponerle buena cara al chico, se había consolado el anciano.

Olivia se había puesto la falda que más le gustaba a él, la que decía que le hacía las piernas sexys, con las botas altas y la chaqueta de lana fina. Por la mañana se había lavado el pelo y lo había dejado secar al aire para que le quedara con más volumen, porque le disgustaba lo liso que lo tenía y lo mucho que se le pegaba a la cabeza. Su madre siempre le decía que ese flequillo tan largo no la ayudaba, que le tapaba la cara y no se le veían los ojos. Con el rostro tan bonito que tienes, hija, la reñía. Pero su madre no comprendía que el flequillo era el escudo perfecto para la timidez y que con él podía jugar a mostrarse más o menos, en función de cada ocasión.

Tan pronto como llegó a la plaza de Sant Josep Oriol sintió el murmullo de voces animadas en la entrada del bar. Distinguió la risa de Quico desde lejos y el corazón le dio un vuelco. Por fin

había regresado, los días se le hacían lentos y aburridos cuando él no estaba, se volvían más grises, más tristes, menos interesantes. «Ya deberías de estar acostumbrada —le decía su amiga Rosa—, ¡si siempre está de viaje!» Pero para ella, cada vez que él volvía era como la primera vez. Apenas se creía su suerte: De todas las chicas que lo rondan, Quico me quiere a mí.

Lo oyó antes de verlo y enseguida lo distinguió entre el grupo de amigos. Vaya, ya están todos, se dijo con fastidio. Olivia lo había deseado solo para ella durante toda la noche, pero, claro, Quico siempre estaba rodeado de gente. Al acercarse un poco más, él la vio, y entonces le dio uno de aquellos recibimientos que la halagaban e incomodaban a partes iguales.

—¡Miradla! ¡Mi diosa! ¿De qué cuadro has salido hoy?

La agarró por la cintura y la besó ávido con aquella boca de labios carnosos que la derretían por dentro.

—¡Eh, parejita! Ya vale, ¿no? —exclamó divertido un amigo suyo al ver lo mucho que se alargaba el beso.

Todos estallaron en risas, pero a Quico no parecía importarle. La levantó un poco del suelo, como si fuera una pluma, y la hizo girar.

—Princesa, te he echado de menos —le susurró al oído.

El grupo entero de chicos y chicas entró en el Bar del Pi y pidieron unas cuantas cervezas en la barra antes de juntar un par de mesas y tomar asiento. Del altillo salían las notas de un piano que alguien tocaba. Quico se situó detrás de Olivia en la barra mientras ella pedía.

—Te has puesto la falda que me gusta —le dijo hundiendo la boca en su cuello.

La chica se estremeció y un rápido cosquilleo le subió del estómago. Fueron a sentarse con el resto, los unos encajados con los otros en el espacio estrecho. Y entonces le pidieron a Quico que les contara su periplo de los días que había pasado siendo testigo de la Revolución de los Claveles.

—Como os he dicho antes, habíamos recibido el aviso de nuestro contacto en Portugal. Sabíamos que el MFA llevaba meses preparando la revuelta armada contra el régimen dictatorial. Era solo cuestión de días que se hiciera efectiva.

—¿Qué es el MFA? —le preguntó uno de los amigos menos informados.

—Son las siglas del Movimento das Forças Armadas —le respondió—, la organización dentro del ejército portugués que preparaba la revolución.

—Así pues, lo viviste desde el primer momento —intervino Gloria, una amiga de Quico que, como todos los presentes, era unos años mayor que Olivia.

Él asintió orgulloso.

—Habéis leído el artículo en *Mundo Diario* del compañero periodista con el que fui, ¿verdad? Él lo explica muy bien: el régimen portugués siempre ha justificado la guerra con las colonias, pero la verdad es que la gente de la calle, por no hablar de las tropas allí destinadas, estaban hartas desde hacía años. Las campañas militares han costado grandes fortunas que la sociedad no podía permitirse, y qué decir del abuso de poder de los gobernantes, de la falta de derechos del país...

—Como aquí. Una de las pocas dictaduras que quedan en Europa —apuntó un compañero. Todos asintieron en un murmullo unánime.

—Lo más interesante es que en Portugal han sido oficiales muy jóvenes los que han llevado a cabo la revolución —prosiguió Quico—. ¡Deberíais verles el rostro sonriente! Capitanes, en su mayoría. Les saqué un montón de fotos que ahora tengo que revelar. A la redacción solo envié un par. De momento, esos jóvenes oficiales han convertido a Spínola en su máximo representante; fue él quien recibió la rendición por parte del Gobierno y también el que ahora preside la Junta de Salvación Nacional, un órgano que, hoy por hoy, ha asumido las funciones del Gobierno.